

De los gajes del oficio y otras guerritas bizantinas

Albalucía Ángel M.

*Desde el pasado avanzo
pero mi destino viene
del futuro...*

P. Neruda

Cuando se me pidió un recuento de mis *camino culabreros*, como suelo llamar a los períodos en que vagué perdida por entre bosques de *palabras* y ruidos de máquina de escribir y demás artefactos requeridos para la *elaboración* de lo que hoy se llama con el nombre pomposo y ortopédico de *Posmodernista*, no me inquieté por el quehacer, sino más bien por el *pensar* en retroceso y perspectiva de halcón, ya que así —digo yo— lo requiere esta tarea: la de hacer un texto que implique remembranza, asombro, descubrimiento renovado.

Porque el *silencio* de *estos años feraces y de extensión profunda*, regresan a su *centro*. Y desde allí se miran, en reflejo convexo, que no cóncavo. Como ese cuadro en que *Los Arnolfini* ordenaron pintar, sin saber a ciencia cierta el resultado, que ha sido, por demás, digno de loa de críticos, científicos del arte y sus escuelas subsiguientes, donde yo me imagino que tendrán también *arte y parte* los ya nombrados y nunca bien amados —por culpa del espejo, digo yo...— *animadores de la cultura literaria*, o sea, los que desatan, desentierran, disecan o echan agua a aquellas florecitas que los *trabajadores de las letras* cultivan en jardines, secretos o festivos, engalanados con guiraldas o premios de montaña, pero hablaba del arte y sus *espejos*. Los Arnolfini son un punto de referencia. Un ángulo equilátero, digamos.

En el *silencio* se requieren dos actitudes que a su vez necesitan dos puntales: la verdad absoluta y buena fe en el acto y su consenso. O sea, dinámica de *paso y paso* de vencedores. Y si los intimido con estos equiláteros

de marras no va a ser menos *enredada* esta diatriba, que yo he apodado bizantina, porque de eso se trata.

Las guiraldas, espejos y abalorios, sobran en este plano que no tiene medida, por supuesto.

Se trata de ganar. O de perder. Pero de pie, creo yo... me digo mientras tecleo en esta maquinita que es de lo *último en guarachas* pero que va tan rápido que me da la impresión que es *ella* la que *piensa*... y por qué no... quién sabe... un día de éstos resultan con el *oficio de pensar* en una ventanita de esas y adiós muy buenas, dejamos para otro ciclo cósmico al hacedor de libros o de literatura...

Lo mejor de la Historia es que nadie la ha escrito, todavía.

¿O sí...?

En el pensar y en el silencio de las cosas está la *clave magna*, creo. ¿Sin más ni más...?, dirán, sin duda, algunos, y pues sí... me atrevería. Y aunque los calambures me han fascinado desde siempre, estoy *casi segura* de que *éste* no lo es, o sea, no pertenece a la feroz inconsistencia de quien maneja la palabra o la idea con el *reverso* del espejo. O con pluma de oro. O con plumón de ganso.

El caso es que las *cosas*, como decían los *hermenéuticos* de las épocas idas —no los de ahora, que vuelven a la carga con el término— tienen su sitio y voz, en el espacio en que vivimos. Y el *silencio*, con ellas.

Y en este espacio, pues, escrito ya y determinante para que esa rotura de los puentes no sea un “fracaso” contundente sino más bien un “puente” grácil, que no por ello endeble, quiero expresar mi historia de las *guerras, guerrillas y guerritas* que en estos elementos de “escritura” conllevan sus beñoles, por no decir sus sin-

fonías en LA y en MI. Lo que no implica un descalabro por supuesto.

Los gajes del oficio de escritora, dejaron una huella muy profunda en mi quehacer de vida. En mi sueño despierta. En el camino culebrero, que les decía antes fue para mí esa selva o bosque tropical, por donde anduve más vagarosa que durmiente y sin más brújula o guía que mi ángel de la guarda.

No fue en vano ese suscío. Como no lo será el silencio que precede un "descubrir" inesperado que destensionaba cables y cura heridas viejas y nos regresa a ese camino donde voces ajenas y voces nuevas entablan ese diálogo que ahora nos provoca, nos alienta.

Así a sido el regreso, de la *guerrita de marras*...

No me pregunten cuánto dura la pasada del "puente". ¡Sabrá mi Dios...!, diría mi abuela...

Julio, 1998